

INSTRUCCION

SOBRE

LOS MEDIOS DE CONSERVAR LOS
FRUTOS DEL SANTO SACRIFICIO
DE LA MISA.

EPISTOLA DE SAN PABLO A LOS COLO-
SENSSES,
cap. I. v. 11.

*No cesamos de orar por vosotros, y
de pedir que seais llenos del cono-
cimiento de la voluntad de Dios,
siendo confortados en toda virtud.*

CONFIESO que no tengo ni el mérito del Apóstol de las naciones, ni el testimonio de los trabajos que le habian merecido la confianza de los fieles de la Iglesia de Colossas; pero sin embargo me atrevo á hacer por vosotros esta oracion sobre to-

del santo Sacrificio de la Misa. 413

do al acabar esta larga serie de instrucciones. Dios me es testigo que instruyéndoos sobre las oraciones y ceremonias del tremendo Sacrificio del Altar, no he tenido otro objeto que contribuir á su gloria y multiplicar los medios de vuestra santificacion. Veo pues con alegría el fin de un curso de instrucciones que os ha suministrado verdades muy útiles, abriéndoos un abundante manantial de saludables meditaciones. En efecto la atencion, la continua asistencia, ó por mejor decir la santa codicia con que me habeis escuchado, me da un indicio de que mis trabajos han producido los frutos que me prometia, y que os animais mutuamente á los sentimientos de recogimiento y de fervor que he procurado inspiraros. Así nada me queda que hacer para concluir esta obra de una manera que corresponda á su importancia, sino seguir el plan que me ha trazado el Apóstol San Pablo; á saber, orar y suplicar sin cesar: quiero decir, pedir por vosotros esa plenitud de ciencia que no se adquiere ni en los libros piadosos ni en los sermones, sino en la oracion y en la meditacion

de la voluntad de Dios. ¡Ojalá que él os llene de esa sabiduría que lo abraza todo en el tiempo presente, y en la vida futura de muy distinta manera que en la del mundo; de esa sabiduría que abre el entendimiento, y que da inteligencia á los ignorantes; de esa sabiduría que da la virtud de caminar en la presencia de Dios de una manera digna de su santidad; de esa sabiduría que sabe despreciar las ventajas y los placeres terrenos, y que aparta el corazón del amor de las criaturas para consagrarle todo á Dios; en fin de esa sabiduría que justifica al hombre en la ciencia y en la virtud! He aquí lo que yo pido con el Apóstol, y esta oración contiene todo lo que podeis esperar de las instrucciones antecedentes. ¿Pero de qué medios podrá valerse un Cristiano para afirmar en su corazón el fruto que le procura el Sacrificio del Altar? ó por mejor decir, ¿qué deberá hacer un Cristiano que habiendo llevado á esta divina oblacion todas las disposiciones de que es capaz, no quiere perder las ventajas que le procura? Voy á examinar este punto en esta última instrucción: escuchadme.

Todo Cristiano que quiere recoger y conservar los frutos que de suyo produce el santo Sacrificio de la Misa, luego que el Sacerdote ha dexado el Altar, debe recogerse interiormente y constituirse en la presencia de su Dios, auxiliándose de la fe, y de las luces que le ha concedido su bondad infinita para meditar por algunos instantes los misterios que se han obrado en su presencia. Esta meditacion le suministrará tres consideraciones importantes que le asegurarán el fruto de la santa oblacion, fundadas en la caridad de Jesu-Cristo que ha visto reducida á práctica, y que es la regla de la que le prescribe la ley en todas las oraciones que componen la Liturgia, en las ceremonias de la Misa, y en todas las gracias que son el efecto natural de ella.

PRIMERA CONSIDERACION.

Caridad para con Dios: Jesu-Cristo le ha enseñado sus caracteres. Caridad para con el próximo: Jesu-Cristo le ha mostrado sus efectos. Caridad para consigo mismo: Jesu-Cristo le ha prescripto sus reglas. Si

penetrado de estas grandes lecciones estudia atentamente la manera de aplicárselas, conseguirá sin duda el efecto de este Sacrificio que es las gracias y las virtudes.

Caridad para con Dios. El ha visto á Jesu-Cristo cumplir en el Altar todas las obligaciones, y dar á su Padre pruebas sensibles de ese amor de preferencia, de ese amor dominante que hace el carácter esencial de la caridad: le ha visto dar á su Dios las adoraciones mas profundas: le ha visto ocupado todo en la expiación del pecado para satisfacer su justicia; en la reparación del pecado para calmar su ira, y en la destruccion del pecado para honrar su santidad infinita. Este exemplo le ha enseñado la obligacion que le impone la qualidad de Cristiano de no vivir sino para Dios, de no obrar sino á la vista de Dios, y de no buscar sino lo que puede ser agradable á Dios. Este exemplo le ha enseñado que un Cristiano debe inmolar perpetuamente su propia voluntad á la voluntad de Dios; que este Sacrificio que empieza en el Altar debe continuarse en todos los acontecimientos de la vi-

da, y que no puede consumarse hasta que la víctima haya sido destruida enteramente, esto es, en el dia de nuestra disolucion y de nuestra muerte. ¡Ah, que conseqüencias tan importantes pueden sacarse de estas meditaciones para el arreglo de las costumbres! Un Cristiano que medite pues con toda atencion estas verdades, nunca saldrá del templo hasta que haya hecho una aceptación formal de las tribulaciones y trabajos que le envia la Providencia, hasta que haya formado la resolucion de estudiar y de seguir la voluntad de Dios en todas sus obras; de esta suerte estará preparado para todos los sucesos, y tendrá la fuerza necesaria para vencer las tentaciones. No será difícil, no, discernir entre los Cristianos aquel que saca diariamente del Altar los principios de su conducta con relacion á Dios. Humildad profunda, piedad sincera, temor saludable de la Justicia Divina, horror al pecado, amor á la justicia, desprendimiento de las cosas terrenas, deseo ardiente de la eternidad; estas son las virtudes y los frutos que produce el santo Sacrificio de la Misa.

Humildad profunda. Jesu-Cristo en este misterio nos da pruebas muy reelevantes de ella, y el Cristiano le imita desconfiándose de sí mismo, refiriendo á Dios todo el bien que hace, procurando vivir desconocido mientras que la gloria de Dios, y la salud del próximo no exijan lo contrario, huyendo de las distinciones y de los elogios, y haciendo un sacrificio de las humillaciones y de los desprecios que sufre por causa del orgullo ó de la malicia de los hombres.

Piedad sincera. Jesu-Cristo tributa en la Misa á su Padre el culto mas digno de la voluntad suprema, y el Cristiano religioso aprende á adorarle en espíritu y en verdad, haciendo un templo del interior de su casa, y un Santuario de su corazon para honrarle sin cesar, servirle con fidelidad, y darle alabanzas sin interrupcion.

Temor saludable de la justicia. La víctima ha caído baxo el peso de esta Justicia Divina. El Cordero sin mancha es inmolado realmente desde el origen del mundo, y lo será hasta la consumacion de los siglos para mitigar la justa ira de su Dios. Un Cristiano

atento y recogido se penetra á los pies del Altar de un santo temblor, y obra siempre temiendo á un Padre que ama y que respeta, tan inflexible y severo, como indulgente y amoroso.

El horror al pecado es una consecuencia de esta disposicion, y Jesu-Cristo vengándole en el Altar ha indicado á los Cristianos fieles la enormidad de él por la inmensidad de la reparacion. Consideremos por tanto que una ofensa que ha exigido la muerte de un Dios, y cuya pena no puede satisfacerse sino por la oblation de un Dios, es un mal muy temible de que debemos huir con todo cuidado para no incurrir en la muerte eterna.

Así es que el Cristiano busca en el amor de la justicia el remedio del pecado. En el Sacrificio de la Misa ve lo que habia visto el Profeta en espíritu; esto es, un Dios que no ha consagrado á su Hijo como Pontífice eterno, sino porque ama la justicia, y aborrece la iniquidad. Por esta causa procura participar del Sacerdocio de Jesu-Cristo obrando la justicia, defendiendo los derechos de la justicia siempre que se ve atacada, y aun sufriendo por

la justicia quando se pretenden destruir sus principios y sus leyes.

Un Cristiano animado de estos sentimientos sabe conservar el desprecio de las cosas terrenas. El ha visto á Jesu-Cristo en el Sacramento separado de todo, desprendido de todo; y así léjos de alimentar su corazon con deseos terrenos que le atormentan, se contenta con la suerte que la Providencia le destina. Si su fortuna es limitada, si carece de amigos, si padece necesidades y trabajos, si lleno de males se ve postrado y abatido, todo le parece que está en el orden de una sabiduría que habiéndonos creado para el cielo, ha querido que nos preparásemos para él, por medio del desprendimiento y de la abnegacion.

Jesu-Cristo inmolado sobre el Altar, le ha enseñado tambien que puede estar al mismo tiempo en la tierra y en los cielos segun los derechos que le ha adquirido la caridad. El Cristiano fiel está unido todo á Jesu-Cristo inmolado, y á Jesu-Cristo glorificado. El reúne en sí el hombre terreno, y el hombre espiritual. Habla con los hombres, y sus deseos y su corazon estan en los cielos, participa de la de-

bilidad de la naturaleza, y gusta de antemano de la felicidad eterna; en una palabra la caridad que ha sacado del Sacramento del Altar le une con Dios; pero sin embargo le dexa entre sus hermanos, porque Jesu-Cristo le ha enseñado en el Altar á cumplir las obligaciones de la caridad con respecto al próximo, y en el exercicio continuo de estas obligaciones es donde hace que fructifique la gracia del Sacramento adorable de que ha participado.

SEGUNDA CONSIDERACION.

Caridad con el próximo. Un Cristiano que se hace víctima con Jesu-Cristo tambien es en algun modo respecto á sus hermanos un mediador que intercede por ellos, un salvador que los libra, que los socorre en todas sus necesidades, y un modelo que los instruye con sus exemplos. La union que ha contraido es indisoluble, y Jesu-Cristo oculto en el Sacramento se refleja en algun modo en los que se han inmolido juntamente con él en el Sacrificio de la Misa. Jesu-Cristo es quien forma esos hombres de deseos y de ora-

ciones, que sensibles á todo aquello en que se interesa la gloria de Dios y la salud del próximo, lloran los pecados que se cometen, solicitan la conversion de los que se apartan de la senda verdadera, procuran mitigar la ira de Dios en el momento que se dispone para exterminar los pecadores, y presentan sin cesar por Jesu-Cristo sus ardientes votos para acelerar la venida de su reyno. Jesu-Cristo es quien forma esos hombres de caridad, sensibles á todas las necesidades, que compadecen todos los males, que al exemplo de su Divino Maestro se olvidan de sí mismos para socorrer á sus hermanos en las diferentes aflicciones de que se ven oprimidos, y que toman siempre mas interes en los trabajos y miserias del próximo que en los suyos propios. Jesu-Cristo es quien forma esos hombres edificantes, que á pesar de su cuidado para ocultar sus buenas obras, esparcen por todas partes el olor de sus virtudes, y hacen con sus exemplos mas conquistas para el Evangelio que los predicadores mas eloqüentes y los Doctores mas ilustrados. Sí, la santa costumbre de unirse á Jesu-

Cristo en el Altar hace de un Cristiano otro Jesu-Cristo; y si este efecto es tan raro entre los fieles, atribuyámoslo á ellos mismos, porque carecen de los sentimientos que se requieren para que el augusto misterio que presencian produzca los frutos que apetecen. El-espíritu de la primitiva Iglesia no se ha extinguido entre nosotros, y si esparce débiles resplandores, es porque le obscurecemos con nuestra tibieza habitual, y con las diferentes pasiones que nos agitan. ¡Ah, que pronto reviviria este espíritu si los Cristianos se impusiesen la obligacion de asistir siempre al Sacrificio de la Misa con recogimiento y fervor! ¡Admiraremos su poca ó ninguna unión y conformidad quando se hallan tan distantes de las disposiciones que deberian traer al pie de los Altares? No uniendo aquí sus corazones, ¿podrán conservar las relaciones justas que exige la sociedad para mantener el órden? En efecto los unos se presentan con un alma fria, incapaz de calentarse: otros con un espíritu distraido, que no se fixa en nada: estos con un corazon preocupado que nunca se convence ni se desen-

gaña: aquellos con un alma endurecida que por nada se mueve. Unos hombres de esta naturaleza ¿podrán tener alguna caridad con su próximo? Pero veamos el tercer efecto de la caridad de Jesu-Cristo, que se reduce al amor de nosotros mismos; pero de una manera conforme á los designios de Dios.

TERCERA CONSIDERACION.

Caridad consigo mismo. Jesu-Cristo sacrifica en el Altar su propia gloria para ocuparse solo en la de su Padre, y con este primer sacrificio asegura á su Iglesia y á todos sus miembros una gloria inalterable. El sacrifica su propia voluntad á la de su Dios, y este olvido de sí mismo le ve recompensado baxando del cielo á la tierra en cumplimiento de esta voluntad santa para la salud de su pueblo: él nos enseña que el verdadero amor de nosotros mismos no consiste en lisongear nuestro orgullo, en satisfacer nuestras inclinaciones, ni en contemplar nuestros deseos; él nos dice que si sabemos contradecirlos, y sujetarlos á su voluntad y á su ley, aseguraremos la

paz del corazon y el testimonio de la buena conciencia. Un Cristiano que se hace una víctima con Jesu-Cristo trae continuamente á su memoria el estado de inmolacion y de sacrificio que le prescribe este misterio. El renuncia los bienes que posee teniéndolos en poco, y usándolos como conviene á la santidad del Dios que se los ha dado. Renuncia los bienes de que carece sofocando los ardientes deseos que se engendran en su corazon, y adorando la mano invisible de Dios, que se los niega ó se los quita, porque así le conviene. Renuncia las grandezas y las dignidades que goza apartando de su corazon el orgullo, y haciéndose amar por su trato afable y moderado: renuncia las que no goza contentándose con su suerte, y consolándose de verse libre de los escollos y precipicios en donde con tanta frecuencia dan los ambiciosos: renuncia su salud sufriendo con paciencia las enfermedades: renuncia su vida haciéndole á Dios una humilde ofrenda de ella: renuncia su reputacion manifestando su indiferencia en las calumnias: renuncia sus amigos, tolerando con su-

mision sus infidelidades ó su pérdida: en fin extiende la generosidad hasta el punto de renunciar los consuelos inherentes á la virtud, quando se complace Dios en probarlo con la sequedad y el disgusto. ¿Pero de dónde saca estos principios de desprendimiento y de abnegacion, sino del fondo del Altar en donde ve un Dios separado de todo, privado de todo, abandonado de todo, para no vivir sino para su Dios?

¡ Ah, convengamos, hermanos míos, en que hasta este día no hemos conocido los preciosos efectos del augusto Sacrificio del Altar! formemos para en adelante la resolución de llevar á este Sacrificio un corazón sensible á las gracias que se nos ofrecen en él, y sobre todo á los abusos en que por nuestra indiferencia é ingratitud hemos incurrido.

Dignaos, Señor Jesús, escuchar, y oír los votos que os dirige vuestro Ministro al acabar esta serie de instrucciones: ¿será posible, Dios mío, que mis palabras no lleven ningún fruto? Esta obra emprendida para vuestra gloria, executada para la edificación de mis hermanos ¿no dexará ninguna impresión en su espíritu? ¿No inspirará

ningún sentimiento en su corazón? Señor, que este débil esfuerzo de mi ministerio sirva á lo ménos para cubrir á vuestros ojos la muchedumbre infinita de mis distracciones: haced, Jesús mío, que penetrado de estas verdades consoladoras y terribles ofrezca yo en adelante el tremendo sacrificio con esa fe pura, esa humildad profunda, y ese amor vivo de caridad que corresponde á tan grande sacramento: haced que yo instruya á este pueblo que me habeis confiado en la excelencia de la víctima, y en la grandeza de la oblacion con una piedad tierna y sostenida; que un santo temor penetre desde hoy al Sacerdote y al pueblo; que á uno y á otro los purifique una sincera compuncion, y que los abraze un ardiente amor: en fin, haced que todos los miembros estén unidos en esta oblacion al Divino Xefe que se sacrifica por todos, y que la sangre que corre sobre el Altar sea el sello de su perfecta reconciliacion en el tiempo, y la prenda de su felicidad eterna. Así sea.